

Spanish Sermon for 7 September 2025 by Rev. Lynette Poulton Kamakura  
St. Luke/San Lucas Episcopal Church, Vancouver  
Jeremiah 18:1-11; Psalm 139:1-5, 12-17; Philemon 1-21; Luke 14: 25-33

Dios Todopoderoso, nos has concedido la gracia de orar juntos en este momento; y has prometido por tu amado Hijo que cuando dos o tres se reúnan en su Nombre, estarás en medio de ellos: Concede ahora, Señor, nuestros deseos y peticiones como mejor nos convenga, concediéndonos en este mundo el conocimiento de tu verdad y en la era venidera la vida eterna. Amén.

En su sermón del domingo pasado, la Reverenda Amy habló del amor: el amor mutuo, el amor por nuestra comunidad, el amor por el extranjero, el amor por nosotros mismos, el amor a Dios. Fue un mensaje hermoso y alentador para tiempos difíciles.

Entonces llegamos al evangelio de hoy: Jesús dijo: «El que viene a mí y no aborrece a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, e incluso su propia vida, no puede ser mi discípulo». Odio. Odia a tu padre y a tu madre. Odia a tu cónyuge y a tus hijos. Odia a tus hermanos y hermanas. Odio. Nada hermoso. Nada alentador. De hecho, muy difícil. Incómodo. Desafiante.

Al investigar y preparar este sermón, leí varios otros sermones sobre este pasaje. Muchos, comprensiblemente, intentaron eludir el evangelio. Odio... no significa realmente odiar. Simplemente significa "ama menos que". Otros pasaron por alto esta parte por completo, centrándose en la parte de la planificación, la preparación, estar listos para hacer lo que Dios nos llama a hacer.

Y entiendo la postura de estos predicadores. ¿Quién quiere pararse aquí, frente a todos ustedes, y predicar sobre el llamado de Jesús a odiar a nuestros familiares? Eso no es lo que les gusta hacer a los predicadores. Y estoy seguro de que tampoco es lo que ustedes vinieron a la iglesia a escuchar. ¡Quizás debería haber seguido el consejo que recibí de predicar sobre el Salmo!

Cuando, como seres humanos, nos enfrentamos a algo difícil, algo incómodo, algo que desafía nuestra visión del mundo, a menudo intentamos evitarlo. Hablar de otra cosa. Darle explicaciones. Limar las asperezas. Adaptarlo a nuestra ideología, a nuestra teología más arraigada. Encontrar una solución. O tal vez simplemente ignorarlo.

Actualmente estoy leyendo un libro titulado "Tengo preguntas: La práctica espiritual de debatir con Dios". En el prólogo, un amigo del autor escribe lo siguiente: "No creo que Dios se esté aferrando a su búsqueda sincera de la verdad, ni creo que debas renunciar a todo lo que alguna vez amaste o anhelaste de Dios... Si buscas a Dios con sinceridad, lo encontrarás... Creo de todo corazón que has llegado aquí por invitación del Espíritu. Así que este no es momento de entrar en pánico ni de fingir que estás bien ni de apresurarte a adquirir nuevas certezas. No, este es el momento de vivir plenamente la temporada de

lucha, cuestionamiento y discernimiento a la que el Espíritu te ha llamado... Creo que tu propia temporada de fe en el desierto se convertirá en un altar de intimidad con Dios y de auténtica transformación para ti. Estás en el lugar correcto en el momento correcto. También estás profundamente arraigado en el amor, la bienvenida y la bondad de Dios".

El Espíritu (y los autores del Leccionario Común Revisado) nos han llamado hoy a analizar este texto en particular. A cuestionar, meditar, discernir y creer que, en estas palabras desafiantes, hay una verdad para nosotros. Estamos aquí, en este momento, en este lugar, para analizar este texto. Al hacerlo, nos acogemos al amor, la bienvenida y la bondad de Dios. Y en esta lucha, seremos invitados a una intimidad con Dios y a experimentar una auténtica transformación.

Así que, abróchense los cinturones. Juntos, unos con otros y con el Espíritu Santo, estamos a punto de abordar uno de los pasajes más desafiantes. Y de afrontar la difícil pregunta: "¿De verdad nos dijo Jesús que odiáramos a nuestra familia?".

Antes de profundizar en las palabras de Jesús, analicemos el contexto, el contexto. Jesús se dirige a Jerusalén. A su paso por la campiña, continúa su ministerio: enseña, predica, sana, interpela a las autoridades y defiende a los marginados. Y al hacerlo, llama la atención. Grandes multitudes salen, viajan con Jesús. Estas personas viven bajo un opresivo régimen romano, con muy pocas esperanzas de alivio de la abrumadora pobreza, agravada por altos impuestos y un sistema judicial injusto que favorece a los fuertes sobre los débiles, a los poderosos sobre los justos.

Estas personas, estas multitudes, esperan en Jesús la salvación, la liberación, una salida. Quieren que Jesús invoque el poder de Dios, que expulse a los líderes corruptos y los reemplace con justicia, misericordia y paz.

Jesús conoce sus deseos. Se compadece de ellos. También desea el bien para estas personas. Sin embargo, Jesús también es consciente de algo más. El cambio requiere liderazgo, y el liderazgo, el liderazgo verdaderamente transformador, no es gratuito.

Cuando Jesús dice que quien venga y no odie a su familia, no cargue su cruz y me siga, no puede ser mi discípulo, no rechaza a la multitud. No dice que estas personas no tengan permiso para ser discípulos, que no estén entre los elegidos. Más bien, Jesús dice que no tienen la capacidad, la habilidad, la fuerza ni la fortaleza para ser sus discípulos. Algunas traducciones dicen: «quien no cargue su cruz no puede ser mi discípulo». Lo que Jesús parece estar haciendo aquí es leer la advertencia a una multitud entusiasta, centrada en el resultado.

Tomando estos ejemplos en orden inverso, Jesús señala que un rey investiga a fondo al enemigo antes de iniciar una guerra. Si el enemigo tiene el doble de soldados, el rey serviría mejor a su pueblo enviando negociadores sabios para llegar a un acuerdo de

paz, incluso si cuesta tierras o riquezas, que entrar en una batalla que garantiza pérdidas y muerte.

Y un terrateniente que quiera construir una torre para asegurar sus tierras, debe calcular cuánto costará, qué suministros necesitará y si tiene suficientes, antes de empezar a cavar un gran hoyo en la tierra y a poner cimientos para una torre que nunca se terminará.

Observen que, en ambos ejemplos, lo que el rey y el terrateniente desean hacer es bueno: proteger a su pueblo, proteger su tierra. Sin embargo, para lograrlo, deben comprender que no será fácil. Tendrá un costo. Y si no pueden pagar ese precio, quizá deban tomar otro camino: alcanzar un acuerdo de paz en lugar de una victoria en la batalla.

Con esto en mente, volvamos a la primera parte, la del odio. «El que viene a mí y no odia a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, e incluso a su propia vida, no puede ser mi discípulo. El que no carga su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo». Las familias, como las atalayas y los ejércitos, brindan protección. Son el crisol en el que nos formamos. Y requieren energía, compromiso y concesiones para mantenerse.

¿Qué sucede cuando nuestro compromiso con Dios, con seguir su camino, con la misericordia, la justicia y la paz, con alimentar al hambriento, albergar a los sin techo y acoger al extranjero, entra en conflicto con las opiniones y creencias de nuestros familiares?

Muchos nos enfrentamos a estas preguntas ahora mismo. En el contexto político actual, muchos no estamos en sintonía con nuestras familias. Quizás optemos por evitar debates políticos en las reuniones familiares para mantener una paz tensa. Quizás estemos cuidando nuestras palabras, actuando con cautela, intentando no provocar fuegos artificiales.

O tal vez nos sintamos obligados a hablar, a confrontar a nuestros familiares, y al hacerlo, podríamos ver cómo nuestras familias se fracturan, se desintegran ante nuestros ojos. Incluso podríamos haber experimentado la ira, la amargura y la abrumadora sensación de pérdida que conlleva darnos cuenta de que algunos de nuestros familiares se aferran a creencias con las que simplemente no podemos vivir.

La autora y teóloga Diana Butler Bass, en una publicación reciente sobre este pasaje, compartió que no ha hablado con su hermano en ocho años. Su relación se quebró cuando adoptaron puntos de vista opuestos sobre los sucesos de Charlottesville, cuando murió Heather Heyer, una joven activista. Escribe: «En 2024, justo antes de las últimas elecciones presidenciales, la Asociación Estadounidense de Psiquiatría descubrió que 1 de cada 5 personas reportó relaciones familiares rotas debido a la política. El 20% de la

población, lo que representa decenas de millones de personas, aproximadamente 50 millones, contando solo la población adulta estadounidense».

Cuando Jesús le dijo a esta multitud de seguidores entusiasmados que hacerse discípulo, tomar la cruz y seguirlo, tendría un precio, que no todos podrían convertirse en líderes, discípulos, Jesús no estaba siendo cruel ni promoviendo el odio ni la violencia. Más bien, estaba señalando que seguirlo de verdad podía resultar en la ruptura de relaciones familiares, la pérdida de amistades, posición y prestigio. Que podría requerir sacrificio y concesiones. Que no era un camino fácil.

A diferencia de los días de Jesús, no estamos bajo ocupación romana, aunque a veces lo parezca. A diferencia de la iglesia primitiva, no somos torturados, encarcelados ni condenados a muerte por ser cristianos. Vivimos en un país donde el cristianismo todavía se considera una religión aceptable.

Aun así, seguir las enseñanzas de Jesús, acoger a los inmigrantes, alimentar a los hambrientos, sanar a los enfermos, apoyar a los marginados, tomar la cruz y seguir sus pasos, tiene un precio. El precio puede ser económico. Puede ser en tiempo y esfuerzo. Puede incluir la pérdida de prestigio social. Incluso puede significar la ruptura de lazos familiares. Y estas cosas duelen. Son pérdidas reales. Jesús no minimizó el costo para quienes consideraban convertirse en sus discípulos. Sabía que sentirían dolor y pérdida.

Y al salir al mundo de hoy, a nuestro mundo de desamparo, también debemos caminar con lucidez, sabiendo que no todas esas calles están pavimentadas con oro. Algunas estarán llenas de obstáculos y zanjas. Al llevar la cruz, podemos, como Jesús, tropezar y caer, varias veces. A veces, podemos ser como aquellos de la multitud, que no pudieron llevar esa cruz.

Pero no estamos solos. Dios está con nosotros. Y Dios nos ha provisto de una comunidad que camina, o tropieza, junto con nosotros, para levantarnos cuando caemos. Cuando leemos los periódicos, cuando observamos el mundo que nos rodea, cuando lidiamos con todas las penas y pérdidas de nuestras vidas, puede que no siempre lo sintamos así, pero estamos en el lugar correcto en el momento correcto. Y todos estamos profundamente acogidos por el amor, la bienvenida y la bondad de Dios. Amén.